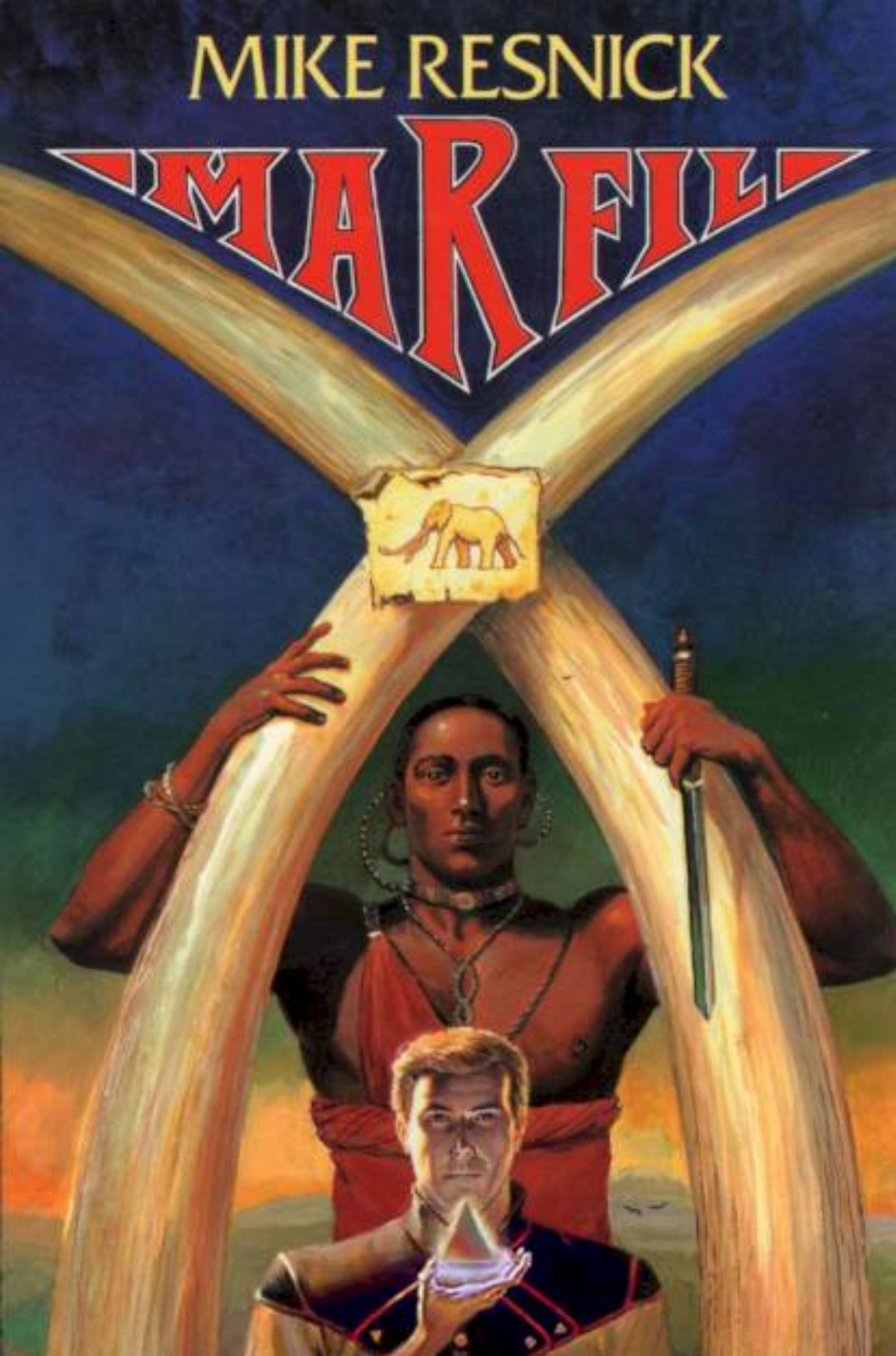


MIKE RESNICK

MARVELL



Insólita historia de unos colmillos de elefante, que comienza en el siglo XIX y concluye en el LXI, merced al trabajo, tan astuto como apasionante, de un investigador espacial y al sacrificio de fe del último miembro de una tribu africana.

Esta obra de Mike Resnik destaca por la ausencia de escenas virulentas y de manifestaciones de desprecio hacia la raza humana, bastante comunes en la literatura contemporánea.

Tahúres del año 6000, piratas intergalácticos, científicos sin escrúpulos, políticos de almas vacías, coleccionistas fanáticos, tribus africanas del siglo XIX... todo acrisolado en una historia fascinante, enmarcada en un misterio detectivesco que contiene una profunda reflexión místico-filosófica, expresión de la actual tendencia universal a realzar el medio ambiente o la ecología.

A Carol, como siempre

*Y a Perry Mason,
el mejor guía de África Oriental*

Agradecimientos

El autor desea expresar su gratitud a las siguientes personas:

A la doctora Juliet Jewell, del Departamento de Zoología del Museo Británico de Historia Natural, por permitirme el acceso al almacén de seguridad del museo para examinar los colmillos del Elefante del Kilimanjaro.

A Peter Capstick, cazador blanco y *raconteur* literario, por señalarme unas cuantas fuentes que yo había pasado por alto.

A los directores del East African Wildlife Society y, en especial, a Shereen Karmali, editor de *Swara*, por su aliento.

A Stephen Kimmel y al doctor Dean R. Lambe, por permitirme el uso de su programa de computadora World Builder.

A Beth Meacham, mi editora, por su entusiasmo y apoyo desde el primer instante en que le mencioné este proyecto.

Y, por encima de todo, a mi buen amigo Perry Mason, por compartir conmigo su tiempo, sus conocimientos y su país, y por ayudarme a desandar el último viaje del elefante gigante desde el lecho del Río Tana hasta las pendientes del Kilimanjaro.

1

El Jugador
(3042 E. G.)

Tenía muchos nombres.

Los Samburu me llamaban *Malima Temboz*, La Montaña Que Camina, porque me elevaba por encima de todos los demás de mi especie y porque siempre ascendía la siguiente colina o cruzaba el próximo valle para ver qué había más allá.

Para los Kikuyu, yo era *Mrefu Kulika Twiga*, Más Alto Que Las Jirafas, porque era capaz de coger suculentas deliciosas que se hallaban fuera del alcance de los animales más grandes, y porque ninguna sombra era más larga que la mía.

Los Makonde me conocían como *Bwana Mutaro*, el Señor de la Labranza, porque allí por donde iba mis colmillos abrían surcos gemelos en la dura tierra africana y mi rastro resultaba inconfundible con el de los otros.

En la tierra de los Maasai yo era *Fezi Nyupi*, Oro Blanco, ya que de mi boca sobresalía una gran fortuna, fortuna que ningún otro de los de mi raza tuvo jamás.

Y ahora sólo se me conoce como el Elefante del Kili-manjaro; mi verdadero nombre se ha perdido con el viento, mi cuerpo se ha descompuesto y mis huesos se han convertido en polvo. Únicamente mi espíritu permanece, inquieto e incompleto.

Era una noche típica en Athenia.

La tormenta había alcanzado la fuerza de un huracán. Oscuras nubes de metano remolineaban en el cielo mientras que las olas de amoníaco surcaban los océanos y rompían atronadoramente contra los riscos rocosos. Descargas azules de relámpagos le daban a las nubes un resplandor espectral, y los interminables truenos parecían anticipar un inminente y desagradable Día de Ajuste de Cuentas.

En una ocasión, hace muchos siglos, la Democracia había poseído una colonia minera en Athenia, y la montaña más alta del planeta, que había recibido el poco original nombre de Monte Olimpo, aún estaba llena de agujeros entrelazados por cientos de kilómetros de túneles y pozos que servían como testimonio de esa época desaparecida ya. Entonces se colonizaron otros mundos más ricos, cuyos recursos eran más fáciles de extraer, y los mineros se trasladaron, dejando la montaña y el planeta completamente desiertos.

Habían permanecido desiertos durante casi un milenio, hasta el día en que Tembo Laibon los reclamó como suyos y erigió una cúpula en la misma cima de la montaña, bautizándola la Casa de las Luces Azules como reconocimiento a la eterna tormenta que rugía en el cielo. La Casa de las Luces Azules era, ostensiblemente, una taberna, pero, claro está, nadie venía al noveno planeta del lejano sistema Beta Greco sólo para beber. De hecho, la causa de que la Casa de las Luces Azules floreciera, no tanto como un bar sino como un lugar de reunión para los forajidos y proscritos de todas las razas, se debió, precisamente, a que Athenia se hallaba muy lejos del Borde Galáctico y de los focos de poder de la humanidad. Los Kreboi, seres de muchas extremidades, que habitaban Beta Greco III y no sentían amor alguno por la Democracia, autorizaron a Tembo Laibon a

operar allí y extendieron su protección para incluir su planeta.

Y ahora, en la sala principal de la taberna, había sentados unas dos docenas de humanos y nueve alienígenas, que ignoraban las resplandecientes explosiones azules que iluminaban la atmósfera del exterior de la cúpula. Dos hombres estaban encorvados en compañía de un trío de altos canforitas de piel carmesí y ojos estrechos, negociando el precio de un cargamento de armas láser escondidas; un hombre de cabellos plateados y vestido con ropas llamativas le contaba a dos compañeros levemente aburridos historias fantásticas sobre la Bestia de los Deseos y otros mitos de las rutas espaciales; un ser delicado y cristalino procedente del sistema Atriano, el cuerpo recubierto por un traje diseñado para ahogar sonidos potencialmente peligrosos, permanecía sentado inmóvil en un rincón, mirando ominosamente la compuerta de la recámara por ninguna razón aparente; un par de mujeres elegantes, exquisitamente peinadas y ataviadas, regateaban sus servicios a un cuarteto de hombres que, sin lugar a dudas, no necesitaban discutir el precio, aunque parecían disfrutar con ello; dos lodinitas peludos y tripodales discutían con un hombre corpulento, de gesto indiferente, el precio de una rara talla doradusiana que tenía sobre la mesa.

En un rincón, cuatro hombres, otro canforita y un kreboi jugaban al *Jabob*, un juego de cartas que había sido inventado a media galaxia de distancia. El juego estaba entrando en su séptimo mes y tenía un total de cuatrocientos tres participantes. Cuando un jugador se arruinaba, se cansaba, tenía hambre o decidía que debía atender negocios en otra parte, le pasaba el lugar al siguiente de la fila. En ese momento, había sentados tres hombres a una mesa adyacente, cada uno esperando su turno para entrar en el juego.

Sin embargo, a pesar de toda esa actividad, todos sabían que había otro juego en marcha detrás de las puertas cerradas del cuarto de atrás de Tembo Laibon: el juego.

El cuarto en sí siempre había sido el tema de mucha especulación, ya que era ahí donde Tembo Laibon almacenaba sus tesoros personales. Sobre la barra de madera tallada a mano había colgadas cuatro cabezas de unos espantosos animales carnívoros procedentes de la misma Tierra, mientras las pieles de otros animales cubrían toda la pared de atrás. Había unas veinte lanzas largas de metal igual que un número de pequeñas tallas de madera en un exhibidor de cristal cerrado. Y, finalmente, dominando la estancia, estaban las columnas gemelas de marfil ligeramente curvadas, que se alzaban por encima de todo aquel, ya fuera hombre o alienígena, al que se le permitía verlas.

Tembo Laibon en persona estaba allí con sus dos metros siete de estatura, su piel negra brillando como ébano lustroso, vestido como siempre con pieles de animales alienígenas. Bebió un sorbo de una mezcla de color verde de una copa alta de cristal, se limpió los labios y miró alrededor de la mesa mientras empezaba a repartir las cartas.

A su izquierda inmediata había un alienígena conocido sólo como la Gorgona, una monstruosidad enorme, de piel carmesí, que decía proceder del sistema de Nueva Roanoke. Todo el mundo sabía que el sistema Nueva Roanoke estaba deshabitado, pero un vistazo a sus inmensos músculos y sus colmillos protuberantes bastaba para convencerlos de que su incredulidad no tenía sentido y que lo mejor era dejar de preguntar sobre sus orígenes o su pasado. Nadie sabía a cuántos seres inteligentes había matado la Gorgona, pero se rumoreaba que sobrepasaba el centenar.

La Gorgona llevaba perdiendo sin parar desde hacía dos horas y, sin ser de por sí un gran hablador, su carácter hosco y taciturno había ido en aumento.

No sucedía lo mismo con la Duquesa de Hierro. Era más máquina que mujer, y sus manos metálicas se hallaban ocupadas acomodando sus ganancias en pequeños y parejos montoncitos, mientras sus dientes de titanio reflejaban los relámpagos cuando sonreía; su corazón artificial bombeaba

sangre químicamente enriquecida a través de venas de plástico, y su voz mecánica llenaba la estancia con la extraña melodía de su charla alegre. Tembo Laibon la analizó por el rabillo del ojo, y se preguntó qué partes de ella estarían vivas de verdad.

Una que, sin lugar a dudas, estaba viva y se recreaba con ello, era la criatura sentada a la derecha de Tembo Laibon. Nadie sabía qué había sido en su origen, pero, de algún modo, en alguna parte, mientras vagaba a lo largo y ancho de su vida, había llegado a la conclusión de que quería, para variar un poco, estar del lado ganador, y se había sometido a una serie de alteraciones quirúrgicas que le dejaron con el aspecto de un humano deforme. Sus ojos eran anaranjados, las fosas de su nariz estaban demasiado separadas, los oídos muy pegados a la cabeza; uno aún podía ver dónde se le habían extraído unos dedos y unos pulgares opuestos extras de cada mano. No paraba de moverse en su silla, ya que todavía no se había acostumbrado a la forma en la que su cuerpo nuevo se inclinaba.

Se llamaba a sí mismo Hijo-del-Hombre y, en lo referente a esta noche, hasta ahora jugaba como si un Hijo del Hombre más reverenciado estuviera a su lado y le trajera suerte.

Justo enfrente de Tembo Laibon se hallaba Buko, el alienígena rojo de Sigma Silani IV. Su piel de lagarto era lustrosa y estaba húmeda, y emitía destellos debido a la débil luz que entraba por la tronera; su cara, que era incapaz de mostrar alguna expresión, se parecía extraordinariamente a la de los dragones sobre los que Tembo Laibon había leído de pequeño. Buko iba completamente desnudo, y su piel exudaba un olor a aceites alienígenas demasiado dulce. Encaramado entre sus omóplatos, con las garras transparentes y el largo pico hundidos profundamente en su carne, había una diminuta criatura parecida a un pájaro sin plumas que vivía en una especie de grotesca simbiosis con él.

Finalmente, Tembo Laibon depositó las cartas sobre la mesa y acomodó su peso en la silla, que flotaba a unos centímetros del suelo. La nave que traía a los dos jugadores que faltaban acababa de realizar el acoplamiento, razón por la que suspendió el juego hasta que llegaran.

—Me gustaría tomar una copa, por favor —pidió Hijo-del-Hombre, lanzándole una sonrisa que exhibió una boca llena de dientes de color púrpura cuidadosamente tallados.

—¿Lo mismo que la última vez? —preguntó Tembo Laibon.

—Por supuesto —replicó la cosa que parecía un hombre—. Estas bebidas alienígenas son tan... tan *gauche*. —Frunció la nariz artificial en un gesto de desagrado.

—¿Alguien más? —inquirió Tembo Laibon, contemplando una explosión azul excepcionalmente violenta a través de la tronera. Se preguntó si los relámpagos que bañaban las extensas Llanuras de Serengeti eran una premonición, y llegó a la conclusión de que no podía ser—. Última oportunidad para pedir bebidas.

Al no obtener ninguna respuesta, Tembo Laibon tecleó la orden en el panel que tenía delante. Un momento más tarde, un robot entró en la estancia portando una sola copa en una bruñida bandeja de plata.

—Gracias —dijo Hijo-del-Hombre cuando el robot le dejó la copa sobre la mesa.

—De nada, Señoría —repuso el robot con un tono chirriante y monótono.

—¡Parece tan ridículo! —comentó con una risita ahogada Hijo-del-Hombre cuando el robot se marchó—. ¡Una monstruosidad metálica con la forma de un hombre!

—¿Qué tiene de malo el metal? —quiso saber la Duquesa de Hierro, cuando el destello reflejado de un relámpago azul iluminó sus uñas de platino y sus dientes de titanio—. Dura mucho más que la carne.

—¡Oh, mi querida señora! —exclamó Hijo-del-Hombre—. No pretendía ser irrespetuoso, ciertamente que no. Por favor, creedme.

Ella le contempló con ojos fríos, y sus pupilas se contrajeron un poco cuando unos microchips diminutos emplazados en el interior de sus ojos realizaron un ajuste instantáneo ante la luz que procedía de las explosiones que tenían lugar más allá de la tronera.

—Os perdono —concedió ella al fin.

—Gracias. Os aseguro que...

—Os perdono —repitió ella—. Eso no significa que os crea.

—Ya basta de charla —gruñó la Gorgona—. Es hora de jugar.

—Dentro de un minuto —dijo Tembo Laibon, trayendo a su mente de regreso de la sabana verde de África donde pasaba la mayor parte de su tiempo—. Acaban de llegar dos participantes más.

—¿Pueden permitirse las apuestas que se barajan aquí?

—Nadie entra a esta sala sin una invitación —le aseguró Tembo Laibon—. Te aseguro que pueden. —Reinó una quietud momentánea y, entonces, el panel que había enfrente de Tembo Laibon se iluminó con un mensaje silencioso. Frunció el ceño y alzó la vista—. Mis robots me comunican que ahí afuera hay tres personas.

—¿Quién es la tercera? —preguntó la Duquesa de Hierro.

—No están seguros. Tiene el aspecto de una mujer humana, pero las lecturas que reciben parecen ser todas erróneas.

—Espero que sea bonita —comentó Hijo-del-Hombre con lo que él creyó que era un rudo entusiasmo masculino.

Tembo Laibon tecleó un mensaje en su panel.

—Dejemos que entren y averigüémoslo.

Un momento más tarde, la puerta se deslizó a un costado y dos hombres y una mujer entraron en la estancia. Uno

de ellos era de complexión fuerte, ancho y fornido, con un pelo negro rizado y pequeños ojos oscuros; se trataba de Áyax Primero, el músculo de la pareja. El cerebro era delgado y nervudo, y llevaba una tupida barba roja; se trataba de Áyax Segundo. Más de veinte mundos fronterizos habían ofrecido recompensas por su captura; sin embargo, se movían en plena libertad por la Frontera Exterior y el Borde, y más de un cazarrecompensas que les había rastreado deseó haber ido tras una presa más fácil.

La mujer, vestida con un refulgente vestido de color azul metálico, llevaba el largo cabello rubio recogido sobre la cabeza y lucía un collar de resplandecientes piedras de sangre procedentes de las minas de Altair III.

—Caballeros, por favor, presenten a su acompañante —pidió Tembo Laibon, frunciendo el ceño.

—Soy Helena —dijo la mujer rubia.

—Es nuestra esposa —explicó Áyax Segundo.

—¿Nuestra esposa? —repitió la Duquesa de Hierro, enarcando una ceja artificial.

—Suya y mía.

—¿Está casada con ustedes dos?

—Así es.

—No fue invitada a participar —anunció Tembo Laibon—. Debe abandonar la sala.

—Sólo se trata de una androide —explicó Áyax Primero—. No molestará a nadie.

—Por favor, desactívala —dijo Tembo Laibon.

—Me gustaría mirar la partida —pidió Helena.

Tembo Laibon la observó.

—Debido a las apuestas del juego, no se puede permitir ningún indicio de deshonestidad —explicó—. Debes ser desactivada.

—¿Cómo puede haber alguna deshonestidad si se sienta detrás nuestro y sólo mira? —preguntó Áyax Primero.

—No tengo idea —replicó Tembo Laibon—. Quizá puede ver a través de las cartas. Tal vez calcule las probabilida-

des y tenga algún modo de comunicároslo. Poco importa. Los nervios se pueden encender en un juego como éste, y, por vuestro propio bien, no quiero que se diga que os aprovechasteis de vuestros compañeros.

—¿Y qué me dices de ese pequeño animal que hay en su espalda? —demandó Áyax Primero, señalando a Buko—. ¿Cómo sé que no le está ayudando?

—Se trata de una forma de vida simbiótica que oxigena mi sangre cuando me encuentro en planetas de baja gravedad —repuso Buko.

—Éste no es un planeta de baja gravedad.

—Para mí sí.

—Si ya habéis terminado de discutir —intervino Tembo Laibon con paciencia—, podéis desactivar a la androide.

Áyax Primero se encogió de hombros; luego, miró directamente a la androide.

—Ve al rincón, Helena —ordenó, y ella, de inmediato, se dirigió al rincón más apartado de la sala. Entonces, él musitó un breve comando en una lengua desconocida para Tembo Laibon.

Los ojos de Helena se cerraron y la cabeza le cayó al pecho.

—¿Satisfechos? —preguntó Áyax Primero, volviéndose a la mesa.

—¿Cómo sabemos que aún no es operativa? —inquirió con suspicacia la Gorgona.

—Piensa en la prueba que quieras y aplícasela —comentó Áyax Segundo.

—Eso no será necesario —dijo Tembo Laibon—. La casa declara que ha sido desactivada. —Se dirigió a Áyax Segundo—. Es nueva —indicó.

—La encargamos hace un año. Fue terminada el mes pasado, y ha estado con nosotros desde entonces.

—¿Por qué alguien querría casarse con una androide? —preguntó con curiosidad Hijo-del-Hombre.

—¿Por qué no? —repuso Áyax Segundo—. De vez en cuando, nos gusta un poco de pompa y ceremonia.

—Qué interesante —dijo la cosa que parecía un hombre—. De paso, no hemos sido presentados. Soy Hijo-del-Hombre.

—Nosotros somos los Aiantes —dijo Áyax Segundo.

—¿Perdón? —preguntó Hijo-del-Hombre.

Áyax Segundo sonrió.

—Veo que no habéis leído a Homero, ¿verdad?

—¿Quién es Homero?

—Yo sí lo he leído —indicó la Duquesa de Hierro—. Y hasta donde recuerdo, sólo hubo un Áyax en la Guerra de Troya.

—Entonces, vuestra memoria os engaña —replicó Áyax Segundo—. Estaba Áyax, hijo de Telamonio, un guerrero enorme que luchó hombro con hombro junto a Odiseo. Ese es él. Pero también estaba Áyax, el hijo de Oileo, que era pequeño, ágil y el mejor lanzador de jabalinas. Ése soy yo. Juntos, se les conoció como los Aiantes.

—Siento una gran fascinación por los nombres —comentó Hijo-del-Hombre con entusiasmo—. ¿Cómo es que habéis elegido los vuestros?

—Athenia nos ofrece un refugio seguro, de modo que siempre que nos encontramos en este sector, adoptamos nombres atenienses en muestra de gratitud —explicó Áyax Segundo.

—Pero, ¿por qué el mismo nombre dos veces?

—¿Por qué no?

—Resulta muy confuso.

—Para nosotros no lo es —replicó Áyax Segundo.

—¿Qué nombres usáis en otros sectores de la galaxia? —preguntó Hijo-del-Hombre.

—Eso no es asunto vuestro.

—Sólo intento mantener una conversación —dijo Hijo-del-Hombre—. No hace falta ser descortés.

—No estaba siendo descortés, sólo precavido —respondió Áyax Segundo—. Si tanto os interesan los orígenes de los nombres, ¿por qué no se lo preguntáis a los demás?

—No hace falta —comentó Hijo-del-Hombre—. Buko y Tembo Laibon son nombres propios, y el origen de los otros dos es bastante obvio.

Áyax Segundo sonrió.

—Aquí fuera, ningún humano utiliza su nombre propio.

Hijo-del-Hombre se volvió hacia Tembo Laibon.

—¿Es cierto eso?

—Entonces, ¿qué significa Tembo Laibon? —preguntó Hijo-del-Hombre.

—En un dialecto antiguo llamado Swahili, significa Jefe de Elefantes.

—¿Qué es un elefante? —quiso saber Hijo-del-Hombre.

Tembo Laibon sonrió.

—¿Veis esas dos columnas blancas? —indicó el marfil.

—¿Qué relación tienen con vos? —inquirió Hijo-del-Hombre.

—Pertenecieron al más grande de todos los elefantes —explicó Tembo Laibon—. Yo desciendo de un pueblo llamado Maasai. Solían cazar elefantes con lanzas similares a las que veis en la pared de atrás —se detuvo—. Se mató al último elefante hace cuatro milenios.

Hijo-del-Hombre se puso de pie y se acercó al marfil.

—Parecen de madera —dijo finalmente.

—En una ocasión fueron blancos y resplandecieron como la plata bajo una luz brillante.

—Debió de tratarse de un animal muy grande —continuó Hijo-del-Hombre, claramente impresionado—. ¿Son sus costillas?

—Son sus dientes.

Hijo-del-Hombre echó hacia atrás la cabeza y se rió.

—¡Tenéis un notable sentido del humor!

—Son sus dientes —repitió Tembo Laibon.